



Círculo Rojo
EDITORIAL

TE CONTARÉ
MÁS...

JOSE LUIS CLAVIJO REPETTO

Primera edición: diciembre 2021

Depósito legal: AL 3305-2021

ISBN: 978-84-1115-367-6

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Jose Luis Clavijo Repetto

© Corrección ortotipográfica: Jen. L. Aguilar

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación.

Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, **ecológico**.

ÍNDICE

Prólogo.....	13
1 Los recuerdos ocultos.....	15
2 Dos meses después.....	22
3 El mozo trae la noticia.....	32
4 El regreso.....	35
5 Conociéndose.....	41
6 Discrepancias.....	52
7 El pecado de ser hermano.....	56
8 El cumpleaños.....	64
9 El pozo del amor.....	68
10 Cartas amargas.....	71
11 Soluciones.....	75
12 El encuentro.....	82
13 En el colegio.....	87
14 Sorpresa y pedida.....	99
15 Un pasaje del pasado.....	105
16 Tomando posiciones.....	109
17 Una infancia difícil.....	112
18 Recuerdos y confesiones.....	118
19 El sentido de su vida.....	122
20 El dilema de la paternidad.....	129
21 El secreto de la caja fuerte.....	142
22 La confesión de Patricio.....	147

23	La cena.....	155
24	Esmeralda.....	162
25	Otra vez en el pozo.....	169
26	Perdidos.....	173
27	Las dudas de Gabriel.....	179
28	Retomando posiciones.....	189
29	Escándalo.....	195
30	Sorpresas en la reunión.....	199
31	Entre la incomprensión y la rectitud.....	205
32	La visita del sacerdote.....	209
33	La llegada de Fernando.....	216
34	Tiempo atrás.....	220
35	Patricio conoce a Prieto.....	224
36	El reencuentro con Fernando.....	228
37	El verdadero rostro de Elena.....	234
38	La pedida de mano.....	239
39	Sin ingenuidad.....	242
40	El negocio.....	246
41	Un recuerdo simpático.....	250
42	Prieto da la cara.....	255
43	La taberna del zorro.....	261
44	Diferentes soluciones.....	264
45	Caballo de Troya.....	272
46	Una nueva amistad.....	279
47	La cita definitiva.....	286
48	Inmersa en un sueño.....	292
49	Se gesta un plan en la taberna.....	298
50	Varias piedras en el camino.....	300
51	Fernando y Luisa.....	307
52	El regreso de Mariana.....	311
53	El padre Celestino advierte del peligro.....	315
54	El documento secreto.....	319
55	Jaque a Gabriel.....	324

56	Fernando extravía el documento.....	333
57	La calma llega a la mansión	337
58	El misterio de la doncella.....	341
59	El origen.....	344
60	Mariana visita la mansión	350
61	Una inesperada situación	355
62	Prieto se siente traicionado	361
63	El fantasma del pasado ataca a los Garrido.....	367
64	Repercusiones.....	372
65	El momento de la pesadilla.....	379
66	La misa y la confesión.....	385
67	Un almuerzo con un momento revelador.....	392
68	¿Defendiendo a la patria?.....	404
69	Un terrible suceso.....	407
70	El regreso de Patricio	415
71	La reunión de Esmeralda y Prieto	418
72	Acusados	422
73	Un giro inesperado	428
74	Compinche oculto.....	433
75	Confianza entre hermanos	436
76	El sueño de Julia.....	440
77	El regreso.....	443
78	Desayuno con revelaciones	447
79	La señora Perotti.....	450
80	El drama de los Perotti.....	459
81	La decepción	464
82	El misterioso compinche.....	473
83	El secreto del pozo.....	476
84	Jimeno.....	491
85	En la comisaría... ..	497
86	Carla, una amiga	499
87	Una fotografía para el recuerdo.....	503
88	Despedida de soltero	512

89 Los Pinales.....	518
90 Ambiente tenso	529
91 Alessandra enfadada.....	534
92 Fernando descubre la verdad.....	538
93 Todo comenzó así... ..	543
94 Sorpresas en la mansión	547
95 La despedida.....	554
96 Patricio en un mundo artificial	560
97 Nuevas emociones	563
98 Asaltantes de caminos.....	569
99 El día de la boda	584
100 Un final muy romántico	595
Epílogo.....	606
Agradecimientos	610

PRÓLOGO

Cuando el autor me comentó que tenía en su cabeza la idea de crear una novela romántica de época, dejando aparcado el mundo de la ciencia ficción, me pareció una idea atractiva. Es un mundo apasionante, donde la emoción se refleja en los sentimientos y en el que todo lector se ha de sentir identificado de una forma u otra, pues es difícil pensar que pueda existir persona que no haya sentido nunca algo especial por otra. Si al tema del amor le unimos la época, el resultado puede llegar a ser muy interesante, como el que en mi opinión ofrece el libro producto de aquella idea y que el lector tiene ahora en sus manos.

En el momento en el que se nos habla de aquellos años previos a la guerra civil española se nos vienen a todos a la cabeza momentos de un pasado en el que se habla mucho de la política y se habla poco de las personas. ¿Qué sentían?, ¿qué vivían?, ¿cómo pensaban en su día a día? En el contexto que las páginas de la obra muestran, se ahonda mucho en los problemas personales de los personajes, dejando como algo secundario el contexto político en el que estaban envueltos. Pero la realidad no es invisible, y la misma termina por aparecer en la narración mostrándose al inicio de una forma sibilina para terminar expresándose como un hecho tangible, incluyendo guiños para lanzar una disimulada crítica a uno y otro bando de la contienda. Todo recreado de tal manera que en la mente del lector ello queda como si tan solo fuera la

imagen del escenario de un teatro, por detrás de todo el arco argumental en el que de forma dinámica van apareciendo personajes, tramas, emociones, sentimientos... No hay duda, y trato de ser objetiva, de que como autor, en esta ocasión, Jose Luis ha conseguido hilar un estilo muy dinámico, ofreciendo también una ligera imagen de un país hermano como México, lugar de procedencia de algunos personajes principales, lo que crea un contraste ambiental que se agradece.

Leticia Aguado Mesa
Esposa y colaboradora del autor

1 LOS RECUERDOS OCULTOS

6 DE FEBRERO DE 1927

Años difíciles, época complicada, tiempos duros... Expresiones que desde que tenía uso de razón escuchaba Carmen a sus padres en casa y las cuales le hacían lamentar de su mala suerte, pues años atrás tuvo la oportunidad desperdiciada de ofrecerle una vida mejor a su hijo. Ahora, pasado ya un tiempo, la realidad era otra muy distinta de lo que ella soñaba en el pasado a cuenta de que su familia, exclusivamente formada por sus padres y ese hijo todavía pequeño, se mantenía pobre y humilde. Pero eso sí, honrada. Luchando en el día a día por sobrevivir como podía en la compleja sociedad de las primeras décadas de un siglo xx convulso, y sumergiéndose cada uno en una función diferente. Su madre, el apoyo en el que la joven se agarraba para salir adelante, era una mujer incansable y orgullosa, que, pese a su frustración por no haber tenido un apellido más relevante en su familia, era capaz de vivir con dignidad en el sitio que le había tocado en la sociedad. Esta poseía un cabello oscuro, piel morena y una edad ya que sobrepasaba medio siglo de vida; y su labor, fuera del ámbito doméstico, era cultivar y cuidar un pequeño huerto que tenían junto a su sencillo hogar en la pequeña y bonita localidad malagueña llamada Atajate. Por otro lado, su padre, de carácter afable, un obrero de mediana estatura, cuerpo más bien delgado,

pelo canoso y rostro arrugado; al cual la vida le llevó a realizar pequeños y mal remunerados trabajos de albañilería en los alrededores para algunos de los terratenientes que conocían su buena maña y empeño en aquellas labores que le confiaban. Y la hija y nieto de ambos, Carmen y Patricio, la primera convertida en toda una mujer de esbelta figura, oscura melena y rostro de rasgos gitanos, que se dedicaba a ofrecer los productos que cultivaba la madre en la entrada de la ciudad, donde había un tránsito enorme de gente que entraba y salía de la misma. Su hijo, de siete años de edad, la acompañaba cuando su abuela no podía quedarse con él por tener que quedarse sembrando o labrando la arena mientras su marido realizaba alguna faena.

El dinero que entraba en casa era mínimo. Y aunque a veces a Carmen se le agotaban las existencias del carro que empujaba, el cual siempre estaba lleno de tomates y lechugas, las ventas de estos no aportaban muchos ingresos a causa de que, habitualmente, los vecinos no podían pagar más que unos simples céntimos por cada uno. Es por ello que apenas les llegaba el dinero, por mucho que vendieran, para pagar la letra del alquiler de la casa donde vivían. Estaban, pues, obligados a alimentarse de aquello que producían, por lo que no probaban mucho la carne, y la leche la recibían de un amigo que poseía una ganadería y les ofrecía un litro semanal que racionaban para poderla beber a diario. El pan tierno era algo extraordinario y únicamente probaban lo que podía rescatar Jimeno, el padre de Carmen, de lo que sobraba en la casa de los señoritos donde él trabajaba, que antes de tirarlo preferían regalárselo a él como gesto de agradecimiento por sus servicios y para calmar la conciencia por el poco salario que le aportaban.

Precisamente este último, que solía llegar a su hogar todas las noches con gesto serio y cansado, era siempre recibido con el cariño y la felicidad de su esposa, Elena. Estos gestos de ella, sin embargo, eran solo una máscara con la que escondía su tristeza y frustración de no poder vivir de manera más holgada.

La noche en la que da comienzo la historia que el lector tiene ante sus ojos era una excepción. Jimeno entró en su hogar rebo-sante de emoción, con el rostro iluminado de felicidad, atrave-sando rápidamente la puerta de su casa y reuniéndose inmediata-mente con su esposa.

—Cielo. ¿Cómo estás?, tengo algo que contarte —Dejó su gorro encima de la mesa del salón y soltó su vieja chaqueta sobre una de las humildes sillas de madera y mimbre. Por su gesto se notaba que tenía una feliz noticia que dar.

—¡Bien!, como siempre. Pero ¿a qué viene este entusiasmo?, cuéntame lo que sea mientras te caliento el caldo.

—¿Y la niña? ¿Dónde está?

—No hables muy alto, pues tu nieto anda ya dormido. Está acostada, no sé si ya habrá cogido el sueño.

—Acércate y ven, que quiero comunicarte algo bueno —Esto lo dijo con voz de susurro.

Elena, con el rostro perplejo, dejó el cuenco con caldo encima de la mesa, y ambos se sentaron uno junto al otro, mirándose fijamente. Él unió su mano derecha cariñosamente a la de ella.

—He encontrado un buen trabajo. Uno en el que me pagarán bien. Ya no tendré que trabajar más para esos tacaños de los Poncela.

—¿Cómo?, ¿a cuál te refieres?, explícamelo.

—Pues resulta que todo ha sido a través de mi primo Fermín, el cual ha hablado con el capataz de unas obras para la reconstruc-ción de la finca aquella en la que trabajó nuestra hija hace años.

—¿Cuál?, ¿la de Los dos Racimos?

—La misma. Quieren levantarla de nuevo. Alguien ha invertido mucho dinero y necesita gente, ya sabes... Yo me he ofrecido por lo que mi primo me ha apuntado. Mañana mismo partiremos todos para allá. Nos ofrecen un dormitorio grande donde vivire-mos bien los cuatro.

—¿Qué?, ¿mañana?, pero tenemos que hablarlo con nuestra hija, pues no podemos hacer esto sin consultarle y ha de estar

de acuerdo. Recuerda su pasado en aquella finca, lo mucho que sufrió. Voy a avisarla.

Tras decir esto, Elena se levantó de su asiento para acercarse a la puerta del dormitorio de Carmen, que estaba un poco entreabierta, y asomarse al interior.

—Hija, ¿puedes salir un momento? —Esa voz en susurro interrumpió el sueño en el que estaba sumergida la joven. Elena, tras percibir que su hija se había despertado, volvió a su asiento. Carmen entonces se puso de pie desde su cama para salir al salón vestida con su pijama blanco, mostrando extrañeza en su rostro.

—¿Qué ocurre, madre?, ¿todo bien?

—Siéntate con nosotros, tenemos algo que explicarte.

Carmen se sentó junto a su padre, le dio un beso en la mejilla y giró luego su cabeza para mirar a su madre mostrando su desconcierto. Estaba deseando escuchar aquello que le fuera a contar.

—Tu padre ha encontrado trabajo. Esta vez es uno bueno. Se trata de la reconstrucción de una finca —Tras decir esto, le hizo un gesto a su marido para que siguiera él explicándole el asunto a su hija.

—Quiero que vengáis conmigo todos al lugar donde se realiza la obra. Nos ofrecen techo y sustento. Y, según me han insinuado, cobraré unos buenos jornales.

—¡Eso es estupenda noticia, padre!, podremos reunir dinero durante un tiempo para pagar el alquiler de esta casa y vivir holgadamente cuando volvamos.

El silencio como respuesta a su comentario y la mirada seria de sus progenitores la dejaron perpleja. Le resultó evidente que la noticia escondía algún pero que ahora iban a detallarle.

—Venga, contadme. ¿Cuál es el problema?, ¿acaso la familia Poncela ha puesto algún inconveniente en su marcha?

—No. No es eso —respondió Jimeno de forma tajante—. Les ha dado igual. El señorito Lorenzo, tras explicarle mi decisión de dejar el trabajo, no dijo ni media palabra, me entregó el dinero de

la faena de hoy e hizo un gesto con la cabeza señalando la puerta. Entonces me marché. De lo que te tenemos que advertir, hija, es de que la finca de la que hablamos es la de Los dos Racimos. Alguien va a invertir mucho dinero para reconstruirla.

—¿Cómo? ¿Qué? —Carmen esperó unos segundos para pronunciar la siguiente pregunta. Mostraba de nuevo perplejidad en su rostro—. ¿Queréis que vuelva allí después de todo aquello que padecí?

—No seas tonta, hija —Le respondió su padre—. Se trata de trabajar en la obra. No pienses en aquello que pasó, pues no tendrás que relacionarte con los señoritos ni nadie que no sea el capataz o mozos de obras. Vosotras quizás salgáis poco de casa. Yo en cambio estaré casi todo el tiempo cargando ladrillos y sacos de cemento.

—Cariño, ¿insinúas que estaremos encerradas en aquel lugar siempre?, ¿no habrá faena para nosotras en la obra? —preguntó Elena.

—Mujer, ¿qué faena va a haber?, vosotras estaréis arreglando la casa donde vivamos, preparando la comida, limpiando la ropa...

—Claro, a lo que está destinada toda mujer. Pero ¿y nuestro nieto? ¿No se aburrirá en ese ambiente? —Elena continuaba preguntando mientras Carmen miraba al fondo del salón sumergida en sus pensamientos.

—El niño ya encontrará una distracción. Quizás le venga bien conocer a los mozos e ir aprendiendo la labor que hacemos, observando cómo trabajamos.

—De verdad, Jimeno. No creo que eso sea bueno para un crío. Quizás sería mejor que nos quedáramos nosotras aquí —En el fondo Elena procuraba proteger a su hija de los fantasmas de su pasado.

—Pero mujer, yo necesitaré todos los días comer, y tener la ropa limpia. No me podéis dejar así.

—Estás pensando ahora en ti mismo, cariño. Creo que debías centrar la atención en tu hija y en el pequeño. Ella lo pasó muy

mal en ese lugar, le traerá recuerdos que no querrá revivir. Y el chico no sé cómo reaccionaría en ese ambiente. De verdad. No estoy segura de que sea lo mejor.

—¡Iremos! —respondió Carmen girando su rostro para lanzar la mirada hacia sus padres—. Creo que es lo mejor para poder salir del hoyo en el que estamos. Yo he de enfrentarme a mis recuerdos y superarlos. No me afectará lo más mínimo. Y en cuanto a Patricio, allí le enseñaremos como trabajan los mozos, eso será positivo para él.

—¡Así me gusta! —Jimeno le dio un beso en la frente a su hija.

—Está bien, familia. No voy a llevaros la contraria. Prepararemos mañana por la mañana todo para partir al alba —Elena, sorprendida por el valiente paso que había decidido dar su hija, sonrió y se levantó para agarrar con sus brazos a su nieto, que se había despertado y levantado de la cama al escuchar las voces que provenían del salón.

Habían pasado varias horas y todos estaban ya en la cama. Carmen se encontraba acostada junto a su hijo, que estaba con los ojos cerrados inmerso en sus sueños. Ella pensaba en aquel tiempo pasado en el que fue muy feliz, pero también en el sabor tan amargo que le dejó el final de aquella época. Lo que mitigó el sufrimiento fue su hijo, Patricio, al que amaba por encima de todas las cosas.

Amaneció y los cuatro estaban preparados para marchar. Jimeno cerró la puerta de la casa con sus llaves mientras ambas y el chico esperaban ya en el carruaje, listos para partir. Un amigo de la familia, al que Jimeno acudió para pedirle ayuda antes del amanecer, les ofreció un viejo carro arrastrado por un caballo, sin techo, pero útil para transportar a la familia y a sus enseres guardados en sacos grandes. De esa forma, tardarían en llegar cinco o seis horas hasta el destino.

Pasado casi todo el tiempo que duraba el viaje, ya comenzaban a verse a lo lejos los andamios colocados sobre la fachada de la que

antaño fue la casa de la familia Garrido. Ya se podían percibir, cada vez con más fuerza, el ruido de los martillos y el grito de los primeros obreros contratados lanzando bromas y peticiones unos a otros mientras trabajaban. Carmen miraba en silencio, sintiendo latir su corazón cada vez más rápido por los nervios y reviviendo momentos del pasado que la empezaban a atormentar. Sentado, a su lado, estaba su hijo que jugaba con un muñeco a ser soldado. Sus padres, agarrados de la mano, miraban el horizonte en silencio, sintiendo la incógnita de saber las condiciones en las que vivirían en las próximas fechas.

2 DOS MESES DESPUÉS

8 DE ABRIL DE 1927

Había pasado un tiempo desde que se asentaron en aquel lugar. Carmen, como todas las mañanas desde que comenzaron a vivir allí, se levantó y acudió a la humilde cama de su hijo Patricio, situada a algunos metros de distancia de la suya. Habitaban en un gran cuarto con cuatro camas, una cocina con dos fogones, un lavadero y una mesa en el centro con cuatro sillas. Tan solo había un estante con platos y cajones llenos de cubiertos. La comida la guardaban en una pequeña despensa. Una gran ventana iluminaba el que en ese momento era su hogar, estaba situada a pocos centímetros de la salida, la cual era un hueco rectangular sin puerta y aislado del exterior por una cortina de tela.

Jimeno, su padre, se había marchado a trabajar desde muy temprano, y su madre salió al exterior, antes de preparar el desayuno, para recoger con su cazo un poco de leche de un puesto donde se acercaba un mozo a traerla por orden del capataz para ponerla a disposición de las familias de trabajadores.

Carmen, mientras, lavaba a su pequeño Patricio en el baño, sintió el ruido del cese del galope de un caballo en el exterior de la casa. Vistió corriendo a su hijo y se asomó por la puerta para ver de quién se trataba, pues era extraño ya que en los dos meses

que llevaban en aquel lugar, nadie había parado en la puerta del lugar donde habitaban.

Junto a un caballo que no era de raza, se encontraba la persona que de cara a todo el mundo era la abuela del pequeño Patricio. Esto sucedía porque la realidad estaba siendo ocultada por Carmen, sus padres y Carmina, que era el nombre de esta señora, como un secreto bien escondido. Ahora, a la anciana se le notaban los años a través de un pelo que se mostraba mucho más canoso, y por su forma de andar, casi cojeando. Iba vestida completamente de negro. También se percibían las huellas del tiempo a través de las arrugas en su cara. Acercándose hacia la puerta donde se encontraba Carmen, se la quedó mirando fijamente, como esperando que la joven la saludara primero.

—Carmina. Después de tanto tiempo... ¿Cómo se encuentra usted?, ¿y que la trae hasta aquí? —Le preguntó la que antaño iba a ser su nuera.

—He venido a por el pequeño Patricio. He podido saber de vuestra presencia aquí y quiero colaborar con vosotros en sus cuidados.

—Creí que jamás iba a aceptar trato alguno con nosotros desde aquello... y que no iba a reconocerlo como nieto.

—¡Calla! Aquello pasó. Aunque mi hijo está en mi corazón, quiero borrar los sentimientos de rabia de antaño. Y necesito redimirme de mis pecados. No fui todo lo sincera y justa que debí ser contigo —Esto último lo dijo agachándose y mostrando signos de cansancio.

—Pase, pase usted y siéntese que enseguida le ofrezco algo de beber y comer.

Carmen la ayudó a llegar hasta un asiento y le acercó después a la mesa una jarra y un vaso de agua junto a un chusco de pan y un trozo de queso. Tras prepararle la bebida a la anciana, esta comenzó a beber y comenzó después a narrar una historia que la joven escuchó muy atenta. Ambas se habían sentado alrededor de la mesa.

—La historia que voy a narrarte ocurrió hace muchos años, muchísimos. Mucho antes de que tú llegaras como doncella a la hacienda. Yo, por aquel entonces, era una joven que trabajaba en la cocina de la finca de Los dos Racimos como doncella. Los señores Garrido por entonces eran don Álvaro y doña Manuela, padres del señor Arsenio que tú conociste. Aquel último por entonces era joven y algo estirado en su personalidad. Pese a esto último, generalmente era correcto en el trato con el servicio. Pero cuando su instinto de hombre le acechaba, no dudaba en buscar a cualquiera doncella que le pareciera atractiva para saciar su necesidad. Creo que me comprendes.

—Sí, sí. La siga, prosiga.

—Arsenio, en muchas ocasiones, se me acercaba con piropos e insinuaciones impropias de un señorito de manera sigilosa. Sus padres no tenían ni idea de sus excesos y de las peticiones que me hacía.

—Pero... ¿Le permitía usted tal cosa?, ¿no lo rechazaba?

—¡Cuánta ingenuidad la tuya! ¿No comprendes que yo era una sirvienta?, tenía miedo de perder mi puesto de trabajo si me negaba. Aparte... yo era joven, sin compromiso... y eso me ayudó a tomar la situación como un hecho inevitable de la vida sin más... —Tras decir esto, se le pudo ver caer una lágrima en uno de sus ojos.

—La entiendo. Sé lo que pasó usted. Yo viví algo parecido.

—Había un detalle distinto. Mi situación era que me vi obligada a atender los deseos del que entonces era el señorito y tú, en cambio, te enamoraste. Como ves, es una diferencia importante.

Carmen agachó la cabeza para quedarse luego en silencio entendiendo la reflexión y el reproche de la anciana, luego volvió a mirarla a los ojos.

—Se lo ruego, siga contándome aquella historia. Quiero saber a dónde quiere llegar al narrarme todo esto.

—Fruto de ello tuve un hijo, el cual Arsenio nunca quiso reconocer, pero a la vez jamás dejó de darle sustento. Trató de mantenerlo a escondidas.